

UN COMENTARIO BIOGRÁFICO DE *INFERNO* (CANTO I, vv. 1-9)

Nel mezzo del cammin di nostra vita
mi ritrovai per una selva oscura
ché la diritta senda era smarritta. 3

Ahi quanto a dir qual era è cosa dura
esta selva selvaggia e aspra e forte
che nel pensier rinova la paura! 6

Tant'è amara che poco è più morte;
ma per trattar del ben ch'ì vi trovai,
dirò de l'altre cose ch'ì v'ho scorte. 9

[A mitad del camino de la vida
en una selva oscura me encontraba
porque mi ruta había extraviado. 3

¡Cuán dura cosa es decir cuál era
esta salvaje selva, áspera y fuerte
que me vuelve el temor al pensamiento! 6

Es tan amarga casi cual la muerte;
mas por tratar del bien que allí encontré,
de otras cosas diré que me ocurrieron.] 9

DANTE, TESTIGO Y TRADICIÓN

En *Convivio* IV (23, 9) establece Dante Alighieri que el arco de la vida humana «en los que son de naturaleza perfecta está en los treinta y cinco años», con lo cual se sobreentiende que justo en ese momento hay que situar el cénit que marca el punto de inflexión entre el sentido ascendente y descendente de la existencia terrenal. La duración media de la vida sería, pues, de setenta años, siendo los treinta y cinco el punto equidistante entre el nacimiento y la muerte. El dato no debería pasarse por alto, pues cuando menos, y si nos atenemos al primer verso del texto (*nel mezzo del cammin di nostra vida*), se deduce fácilmente que el Alighieri comienza su particular viaje por la escatología medieval a la edad de 35 años, cifra simbólica en la perspectiva vital del hombre del Medievo.

Asentado esto, lo cierto es que no sabemos con certeza si nuestro poeta vino al mundo en 1264 o 1265, pero es bastante probable que sea la segunda

fecha la que tiene en mente al escribir el primer verso de su *Inferno*. ¿Puede decirse que miente por ello? No es descartable, sobre todo si tenemos en cuenta que sólo situando la fecha de su nacimiento en 1265 nos acaban por cuadrar las cuentas: sumémosle los 35 años que marcan la mitad del camino de la vida a la fecha de 1265, en la que supuestamente nace, y obtendremos la redonda cifra de 1300. No otro año que ése puede ser el del comienzo de la peregrinación que Dante relata en su poema. Veamos por qué.

En 1300 convoca el Papa Bonifacio VIII el primer año jubilar de la Iglesia Católica. El 22 de febrero, en concreto, es promulgada la bula *Antiquorum habet fida relatio*, en la que se promete indulgencia para el peregrino que se encuentre en estado de penitencia tras la absolución. No resulta ni mucho menos carente de intención simbólica, por tanto, el hecho de que Dante se nos presente a sí mismo como penitente y peregrino al principio de su magno poema. En concreto, se sitúa al comienzo de un viaje que arranca en la noche del 7 al 8 de abril del año 1300, esto es, en Jueves Santo, tiempo sacro propicio a la penitencia, aunque a poco que indagemos acabaremos por descubrir que la penitencia de Dante no estaba sólo en la alegoría del poema.

Hijo de una familia de la baja nobleza florentina, de una familia, para más señas, de tradición güelfa (es decir, partidaria del Pontificado frente a los gibelinos o partidarios del Emperador), Dante ya parece destinado desde el principio a estar en el bando de los perdedores. Pocos años antes de su nacimiento, en 1260, las tensiones entre güelfos y gibelinos en la península itálica habían conducido al estallido de la batalla de Montaperti, en la cual se enfrentan en la Toscana las repúblicas de Florencia y Siena. El enfrentamiento se solventa con algo más que un triunfo de los sieneses sobre los florentinos, pues en pleno fragor de las armas, y aprovechando la confusión, el comandante florentino Farinata degli Uberti, destacado gibelino, decide cargar contra los propios güelfos de su ejército provocando una carnicería que habría de verse sucedida por años de feroz persecución y represión sobre ellos. Con todo, el padre de Dante, Alighiero de Bellincione, constituyó una excepción: perteneciente a la facción de los güelfos

blancos, la más moderada y cercana a los gibelinos, siguió siendo, incluso después de los sucesos de Montaperti, una figura muy respetada a la que nunca se forzó al destierro. Por esa razón, el autor de la *Commedia* vino a nacer en su querida Florencia en 1264 o 1265 (casi con toda probabilidad fue bautizado con el nombre de Durante, por cierto, de modo que Dante sería un diminutivo que, gracias a su alargada sombra sobre la cultura occidental, se ha lexicalizado como nombre propio).

En un ambiente culto y cercano a los asuntos de las *res publica*, pues, se educa nuestro autor. Forzado por el padre, se verá obligado a estudiar medicina, sin llegar a ejercer nunca la profesión. Lo suyo es la política, en la que entrará en 1295. Hacia 1299 se decanta también, de acuerdo con la tradición familiar, por el bando de los güelfos blancos, pero eso no evitará que la desgracia tarde poco en cernirse sobre él. En 1302 es condenado por baratería y corrupción, pero ya antes, en 1301, había abandonado su querida Florencia huyendo del triunfo, esta vez, de los güelfos negros, enemigos acérrimos de su causa. Con la esperanza siempre puesta en el regreso, Dante deambulará por diversas cortes italianas hasta dar con sus huesos en Siena, donde morirá en 1321. Nunca volvería a Florencia, la ciudad donde en 1274, a la edad de nueve años, se había encontrado por primera vez con Beatriz Portinari, y donde había sabido de su muerte en 1290.

Pero Beatriz espera en el Paraíso y el Dante que nos encontramos en este comienzo de la *Commedia* está a punto de adentrarse en el Infierno de la mano de Virgilio. Sabemos que, aunque la acción del poema se sitúe en 1300, el *Inferno* es una parte compuesta entre 1306 y 1308. Por entonces, como sabemos, Dante ya se encuentra en el exilio, extraviado en esa *selva selvagia* que para él es el mundo sublunar. Ha pasado el ecuador de su vida y se dispone a rememorar sucesos de tiempos pretéritos como si se tratase, en principio, de un peculiar ajuste de cuentas. Con un matiz decisivo: rememorar el Infierno no es otra cosa que revivir el miedo a través de la escritura (*nel pensier rinova la paura*), entre otras razones porque el Infierno se rige por una casuística que parece desarrollarse al margen

de la propia misericordia del poeta, testigo insobornable de la gran maquinaria dispuesta por la Providencia. A los ojos de Dante, todo lo que ha sucedido está ahí, confinado en su sitio a causa de sus acciones, que insistiremos no son juzgadas por el poeta sino por la Ley Divina. Así lo observamos, por ejemplo, en el caso del ya mencionado traidor Farinata degli Uberti, a quien Dante hace estar ahí, no por su traición, sino por su epicureísmo. Más llamativo incluso es el caso de Brunetto Latini, que acaso merezca un inciso algo más detallado.

Destacado güelfo y amigo de la familia de Alighiero, Brunetto Latini había instruido al poeta en el conocimiento de las letras clásicas. En 1260 se encuentra en Castilla, en una embajada bastante poco exitosa mediante la cual intenta convencer al rey Alfonso X de la necesidad de apoyar la causa güelfa. La embajada, como decimos, fracasa, pues Alfonso X, hijo de Fernando III y de Beatriz de Suabia, es pariente lejano por parte de madre de los Staufen, dinastía que en ese momento controlaba la sucesión en el mando del Sacro Imperio Romano Germánico. Dicho de otro modo: aunque el rey sabio llevaba muy poco tiempo reinando en Castilla, no se mostró interesado en apoyar la causa del Pontificado, pues albergaba secretas esperanzas de llegar a ser Emperador él mismo algún día. De modo que, de vuelta a Italia tras el fracaso de su misión, Latini se encuentra con un estudiante castellano en Roncesvalles que vuelve de Italia y que le informa de los sucesos de Montaperti. Asustado, el viejo maestro de Dante decide cambiar de rumbo y buscar refugio en Francia, donde escribirá el *Trésor*, una de las compilaciones en lengua vulgar del saber latino más importantes de toda la Edad Media.

Podría pensarse, pues, que la suerte de Dante corre bastante pareja con la de su maestro Brunetto Latini, y que una especie de simpatía mutua lo llevaría a salvarlo de la quema, pero si hay misericordia en Dante no la hay en la *Commedia*. Así queda claro cuando ambos se vuelven a encontrar: Dante bajará la cabeza ante su maestro en señal de respeto, pero no por ello dejará de situarlo en el Infierno, concretamente en el círculo de los sodomitas. Queda claro así el proceder del Alighieri: él no es un juez, pero sí un testigo de excepción que

acepta los designios de la Providencia sin intentar cambiarlos ni cuestionarlos. Simplemente da cuenta de ellos.

A partir de ahí, su estrategia se nos mostrará sutil y grandiosa a la vez: Dante conoce las tensiones de su tiempo histórico porque toma parte en ellas. Es más: Dante mismo, desterrado para siempre de la ciudad de sus amores, es víctima de ellas. La salida por la que opta, sin embargo, no se parece a ninguna otra ensayada hasta entonces. Si Dante jamás hubiese escrito la *Commedia*, hoy podríamos estar hablando acaso de un buen poeta del *dolce stil nuovo*, qué duda cabe, pero sólo de un buen poeta más, digamos que al estilo de su amigo Guido Cavalcanti. Y sin embargo hablamos de un genio, en el sentido convencional que la palabra adquiere cuando la empleamos para referirnos a aquél que da cuenta de todo un momento histórico, que lo compendia y que lo materializa en una obra de dimensiones colosales (y no nos referimos sólo a su extensión). El Dante que inicia camino en los versos arriba citados, en la noche del Jueves Santo del año 1300, es el mismo que se dispone a desplegar una realidad tan amarga *che poco è più morte*, y el mismo que prácticamente no deja resquicio alguno del pensamiento de principios del siglo XIV sin tocar.

La posteridad, hay que decirlo, se mostraría desde el principio mucho más generosa con él que sus propios contemporáneos. Así lo indica sin ir más lejos el que, muy poco después de la muerte de Dante, iniciase Giovanni Boccaccio la disciplina conocida como *lectura Dantis*, lo que ni más ni menos significa que Dante fue el primer autor en lengua vulgar de la cultura occidental que alcanzó la dignidad de *auctoritas* sin escribir su poema mayor en latín. Así lo indica también el que a la *Commedia* se le añadiese el adjetivo de *Divina*, con el que la conocemos hoy, en la edición veneciana de 1555. Hay algo en los versos de arriba que nos sitúa en la perspectiva de un testigo ejemplar de un tiempo difícil, pero también en el punto de arranque de la tradición en la que Dante mismo iba a tardar muy poco en convertirse.

OBSERVACIONES SOBRE EL COMENTARIO BIOGRÁFICO

- No deberíamos perder de vista que el hoy conocido como «método biográfico» arranca de una serie de artículos publicados por Sainte-Beuve en la prensa parisina de principios del siglo XIX. Es pues, un método decimonónico en el sentido que queramos darle a ese adjetivo (que a mi modesto entender no tiene por qué ser necesariamente peyorativo).
- Una de sus bondades, por la cual yo no lo descartaría del todo, es que nos obliga a indagar en aspectos de la vida de los autores y, como consecuencia, nos hace adquirir cierto grado de erudición casi sin darnos cuenta.
- También tiene un punto de sutileza que no debería pasarnos desapercibido: al ser un método en el fondo nada metódico, cuyos orígenes se sitúan en el periodismo, podemos ejercerlo desde el gusto por la escritura y la narración bien trabada sin necesidad de dejarnos aplastar por la retórica académica.
- De hecho, yo propondría el siguiente ejercicio: escribir un comentario biográfico sobre algún aspecto de un autor que nos guste como si tuviésemos un espacio en la prensa cultural; escribir para que lo que escribimos ilustre y guste al mismo tiempo.
- Su punto débil más evidente es que en realidad es una manera de leer que en buena medida prescinde del texto para dejarse fascinar por la figura del autor.